Título original:

Learning to Be a Man

Traducción:

Distri Josep Gardenyes

Portada y contraportada:

Jes Orquadi

Maquetación y edición:

Editorial Segadores

Marzo - Abril 2016

PRÓLOGO

Por varios motivos, decidimos traducir y editar «Learning to Be a Man», un texto que apareció originalmente en inglés. En la Editorial Segadores y anteriormente en la Distribuidora Josep Gardenyes hemos intentado tratar el género y el patriarcado en todos nuestros textos; estos temas también salen en la mayoría de textos que hemos traducido de otros idiomas. Lo hacemos porqué creemos que un análisis de—y una lucha contra—el patriarcado es imprescindible para el anarquismo y para cualquier camino por la liberación total. Dado que son hechos transversales hemos preferido, hasta ahora, que salgan en escritos en los que se introducen mediante otros temas y así normalizar una óptica antipatriarcal que va de la mano de otras ópticas, ligándolas, en lugar de dejarla apartada. Pero también vemos importante y necesario profundizar, dedicar un tiempo especial a cada tema.

En los últimos años han salido varios textos lúcidos e interesantes desde las perspectivas feminista radical, transfeminista y anarco-feminista. Aun así, sentimos notablemente una ausencia de textos que hablen sobre la socialización masculina o textos antipatriarcales desde una perspectiva masculina y también con sensibilidades antiautoritarias y anticapitalistas. Se visibiliza claramente la falta de esfuerzo por parte de los compañeros para desarrollar una crítica y una lucha contra el patriarcado.

Este texto no consigue ofrecer un análisis global del papel del hombre heterosexual dentro del patriarcado, aunque a veces propone unas pautas o unos elementos para desarrollar tal análisis. Es sobre todo una reflexión autobiográfica. Y aunque el patriarcado sea sistemático, parece ser el menos estandarizado de todos los sistemas de opresión, el más independiente de toda institucionalidad (¿quizás por ser la más antigua de las opresiones, de las pocas que han podido reproducirse en sociedades no estatales?). Más allá de patrones fundamentales y de ciertas dinámicas sistemáticas, la experiencia de una persona bajo el patriarcado tiende a ser muy diferente a la experiencia de otra persona, aunque *performen* el mismo género y sexualidad. Por lo tanto, muchas personas, incluso las personas asignadas al género varonil, no se identificarán con lo expuesto aquí.

No obstante, espero que la reflexión en sí anime a otros compañeros a iniciar el mismo proceso con el fin de destruir el patriarcado; y que también las ideas aquí formuladas entren en diálogo con las teorías desarrolladas por las compañeras (trans)feministas, surgidas sobre todo de perspectivas de mujeres, lesbianas, trans y queer.

Tal vez es necesario subrayar que la intención de este texto es la de complementar y no suplantar a las narrativas que conformen la vigente visión antipatriarcal. En un mundo en que la perspectiva masculina se presenta no tan sólo como la normal y la más importante, sino muchas

veces como la única que existe y que merece tomarse en cuenta, es un asunto peligroso, ante la imprescindibilidad de la lucha antipatriarcal, volver a una perspectiva masculina. No obstante, creo que para que los hombres tomemos parte activa en la lucha contra el patriarcado, deberemos hacerlo a partir del *yo*, a partir de nuestras experiencias vividas. Un aliado pasivo, un no-sujeto, no puede luchar de verdad. **Y es por eso que he elegido este texto para traducir: porque su propuesta no es la de reivindicar una masculinidad alternativa, sino la de destruir el hombre desde la subjetividad de las personas socializadas como hombres.**

En un contexto definido por la reticencia de muchos compañeros a priorizar la lucha antipatriarcal (y, por cierto, el presente texto fue escrito en un contexto muy distinto, en el cual el anarquismo volvió a aparecer en los años '70 y '80 en el seno del feminismo radical después de décadas de represión y olvido), es totalmente normal que muchas compañeras experimenten cierta defensividad cuando se empieza a hablar sobre cómo el patriarcado también hace mal a los hombres. Ésta suele ser una de las primeras defensas discursivas de aquellos que prefieren relativizar y banalizar en vez de poner las manos a la obra y reconocer la gravedad del patriarcado. Aun así, si los hombres empiezan de verdad a hablar del patriarcado, no pueden simplemente repetir y acatar a lo dicho por sus compañeras. Tendrán que hablar desde sus propias experiencias y entender de forma íntima cómo el patriarcado ejerce en sus propias vidas. Y si lo hacen, el conjunto de visiones sobre el patriarcado, por necesidad,

cambiará. La clave, creo yo, es que las personas socializadas como hombres nos neguemos a seguir imponiendo nuestras experiencias sobre las experiencias de las otras. Si hablamos del patriarcado, tendría que ser en espacios adecuados, no ocupando los espacios de las demás ni ocupando todo el tiempo y la atención. Y si notamos patrones en nuestras experiencias o identificamos formas de poder o coacción ejercidas para formarnos como hombres, si construimos narrativas, lo tendremos que hacer de forma complementaria y solidaria—y nunca competitiva ni autoritaria—con las compañeras, las mujeres, las lesbianas, las trans, les queer, que ya llevan mucho tiempo luchando contra el patriarcado mientras nosotros hemos estado, en menor o mayor grado, ausentes.

El objetivo más concreto de esta edición es el de animar a compañeros antiautoritarios y anticapitalistas a crear grupos de hombres para hablar de forma crítica sobre su rol social y para empezar a subvertir activamente la masculinidad dominante. Desde Editorial Segadores le deseamos infartos e impotencia al hombre que intente instrumentalizar algún episodio del presente texto o cualquier experiencia dañina que podría recaer sobre un sujeto masculino para justificar la continuación de la pasividad cómplice con el patriarcado.

Por último, una nota técnica: el inglés no está modulado en términos de género de la misma forma que lo está el castellano. Así pues, adjetivos y sustantivos no tienen género, además se puede señalar a grupos de

personas en neutro. Como he indicado en textos anteriores, rechazo soluciones en castellano para significar grupos mixtos o indefinidos que son chapuceros e impronunciables (ej. unxs, un@s) por priorizar la comunicación escrita a la verbal. Sigo con esta ambigüedad, atrapado entre una propuesta queer de romper la gramática castellana mezclan-do las señalizaciones de género (lo cual suele chirriar a los autóctonas), una propuesta del feminismo más igualitario de substituir el masculino genérico por un femenino genérico, y una propuesta del feminismo de la diferencia que reivindica la preservación de un espacio gramático capaz de significar una colectividad exclusivamente femenina que el masculino—debido a su uso ambiguo entre lo mixto y lo exclusiva-mente masculino—no disfruta.

En cualquier caso, en este texto opto con algo más de seguridad por utilizar el masculino en la mayoría de los casos dado que el escrito está enfocado en las experiencias de personas socializadas como hombres. Cuando era evidente que el autor no se refería sólo a hombres, he traducido términos neutros como «they» con masculino y femenino, en este ejemplo «ellos y ellas».

Josep Gardenyes,

marzo 2016.

Aprender a ser hombre

[*Aviso: El siguiente relato habla de historias de abuso que podrían ser retraumatizantes para personas que han vivido traumas parecidos en el pasado.*]

Nací en un hospital y allí me pusieron una manta azul: había venido otro hombre al mundo. No obstante, formar ese «hombre» costaría muchos años más. Hoy en día tengo cada vez más dudas respecto al tema.

Mis padres nacieron en familias conservadoras y cristianas que les marcaron bastante. Los dos son de «mente abierta» por eso intentaron, de una forma u otra, dejar atrás su socialización estricta e híper patriarcal, pero es obvio que los dos fueron afectados y que yo he heredado algunos de los mismos patrones, por mucho que quisiera distanciarme por completo de sus pensamientos y sus maneras de ser. Sí, soy anarquista y pro-feminista, pero también soy hijo del patriar-cado e infectado de la herencia cristiana.

Creo que la familia de mi padre fue abusadora, que él vivió o vio cosas muy dañinas en su adolescencia, pero ya antes de que yo naciera él había construido un muro de contención impenetrable que ocultaba el pasado. De ciertos temas nunca hablaba. Desafortunadamente, yo he heredado en gran parte esa defensa a través del silencio y el olvido.

Cuando yo tenía tres o cuatro años, el matrimonio de mis padres comenzaba a fracasar. Después, mi madre siempre me decía que yo fui el primero en darme cuenta, decía que se sorprendió de que un chico tan pequeño conociera la palabra «divorcio» (para preguntarle si iba a pasar) en un momento en el que ella todavía pensaba que tenía la familia idónea. Por mi parte, crecí pensando (precozmente, por cierto) que los niños eran más listos y ser adulto significaba ser ciego y aburrido y estar encadenado al trabajo, vivir medio muerto. De verdad, hasta los diecisiete o dieciocho años pensaba que los adultos no podían tener amigos.

De pequeño no me sentía muy cómodo con los otros chicos. Eran rudos, agresivos, arrogantes y bastante tontos. Nunca tuve grandes grupos de amigos, y siempre contaba con más amigas que amigos. Pero ojo: la socialización masculina es muy eficaz y también condiciona a aquellos que vayan, por el motivo que sea, por caminos alternativos. Yo solía evitar los grandes grupos y no me juntaba con los chicos, pero tampoco me identificaba con las chicas. Seguramente tenía mucho miedo a que los otros chicos, o sobre todo los adultos, me llamaran "chica".

Esto sí que lo recuerdo desde bien pequeño: un terror insuperable a *estar fuera de lugar*. Un día, tendría unos seis años, seguía a mi tía sin ver a dónde íbamos y resulta que la seguía hacia dentro del baño de las chicas. Aún recuerdo perfectamente aquel momento: todo el mundo mirándome mientras me percataba de que había invadido un lugar que no me tocaba,

que estaba llamando muchísimo la atención por el mero hecho de haber cruzado una de esas líneas que componen la sociedad. Me fui corriendo, me escondí detrás del edificio y me puse a llorar. Todavía puedo saborear ese terror que sale de la misma barriga cuando evoco el momento. Qué absurdo me parece ahora, pero así es la infancia: el abandono en un mundo extraño lleno de signos ambiguos y peligros invisibles, amparado sólo por el amor parental o la carencia del mismo.

Así que, ¿qué hacía en el patio del cole? Si los chicos se juntaban y jugaban a perseguir a las chicas, yo me ponía del lado de las chicas—pero nunca entre ellas—para protegerlas y contraatacar a los chicos. Es decir, reproducía otro papel masculino por excelencia, incluso intentando escapar de la masculinidad tradicional. ¡Con qué sutileza—al menos, para evitar la percepción de una mente de cuatro o cinco años—el patriarcado se impone, dándonos líneas de fuga que nos reconducen directamente de vuelta a su seno!

Mis padres empezaban a pelearse cada vez más. Un día, cuando tenía alrededor de diez años, decidí hacerme cargo y frenarles la siguiente disputa. Justamente, habían tenido una discusión violenta—gritando, insultando, tirando cosas—y yo estaba convencido de no permitir que volviera a pasar.

¡Qué suerte la mía! Pocas semanas después tendría mi oportunidad. Una mañana de verano me desperté temprano con el ruido de gritos. "¡Bien!", pensé. Se estaban peleando otra vez. No había tenido que esperar mucho para poder realizar mi decisión. Bajé de mi cama, un poco tembloroso, pero con la cabeza bien alta, y crucé el pasillo que había entre mi habitación y la suya mientras mi hermano fingía dormir.

Al abrir su puerta, recibí una imagen un poco más fuerte de la que había imaginado. Los dos estaban desnudos y mi padre golpeaba salvajemente a mi madre. Se le había ido la olla, estaba por matarla. Tantos años de silencio y auto-represión habían colmado justo en aquel momento.

Me puse a chillar, mi pequeña voz de niño reventando la tranquila violencia de su habitación. Y no tenía para más. Fui corriendo a mi cama, donde me puse a llorar desenfrenadamente, ahogándome con el horror. Vino mi madre a consolarme—¡qué persona más fuerte, en ese momento de máximo trauma, levantándose para cuidar a otro, para cuidar a su niño!—y vino mi padre detrás, llorando y pidiendo perdón (aún le veo: por una parte, el hipócrita que ha sido pillado e intenta recuperar su buena imagen; por otra, el pequeño niño, a su vez, que acaba de despertar con el horror que ha ejercido). Mi madre le gritaba ordenándole que se quedara atrás, para seguir abrazándome, gritán-dole, abrazándome; mientras mi padre seguía llorando, persistiendo, llorando, persistiendo.

Desde entonces, ¡cuanto asco me han dado las lágrimas de los hombres, incluso, a veces, las mías! ¿Cuantas veces servían más de armas que de fugas de emoción pura? ¡Y qué fuerte mi madre, que podía dar amor en ese momento! ¡Y qué asco, ese amor incondicional regalado a un chico, un pequeño chico que se iba a devenir hombre! Ese chico que fui yo. No sé si he aprendido lo que tenía que aprender, o si estoy atrapado en los mismos patrones, como mi padre.

En los años posteriores, varias veces mi madre me dijo que le había salvado la vida. No creo que fuera sano el decirme esto. Me cargó de una responsabilidad que me mantendría en el papel masculino de protector de las demás. Al final, fui yo mismo quien necesitaba ser salvado. Con los años, con esta abnegación masculina (y, por cierto, existe una abnegación masculina y otra femenina), no me cuidaba a mí mismo, y mi falta de auto-cuidado terminó haciéndole daño a una persona que quería.

Posteriormente a la agresión, mi madre siguió mostrando su fuerza. Llevó sus moratones sin vergüenza, sin bajar la cabeza, y siguió hacia adelante, determinada a cambiar la situación. No puso denuncia y nunca adoptó el papel de víctima, pero estableció un límite muy claro: jamás volverían a pasar por ahí. Me parece que pasaron unos dos meses en los que probó si el matrimonio tendría arreglo. Después decidió separarse de él. Creo que su firmeza y su movilidad le permitieron no estancarse en una situación abusiva y evitar traumas más duraderos. Puede que si hubiera confiado en

la ley para solucionar la situación o llevado la identidad de víctima, hubiera consentido una pasividad que hubiera hecho imposible el superar el trauma. No lo puedo afirmar con total seguridad, pues conozco situaciones en las que la persona agredida no tenía otra opción que la de poner una denuncia (y muchas otras situaciones en las que involucrar a la policía lo ha empeorado todo), pero mirando mi experiencia y habiendo hablado con muchas amigas y amigos, estoy convencido de que el tomar el control sobre nuestras vidas e iniciar una respuesta propia, es la clave para no permitir la interiorización permanente de los traumas.

Legalmente el divorcio tardó un año en producirse, pero emocional-mente tardó unos cinco años; mientras, ellos peleaban por la casa, por el coche y por nosotros. En este proceso, mi padre fue el más agresivo y despiadado, pero con el tiempo vi aspectos de inmadurez y abuso por ambas partes. Y yo cada vez más ejercía un papel que ya había asumido antes de la agresión: el de protector de mis padres; intentaba cuidar de sus sentimientos, resolver sus conflictos y hacer de mensajero y diplomático entre los dos. Y ellos me dejaron.

Mi padre era muy cruel con mi madre y ciego a los efectos que su comportamiento tenía sobre nosotros, los peques. Pero en cuanto a su relación directa con nosotros, su apoyo fue incondicional y dejaba ver todos los rasgos solidarios y cariñosos de su persona. Mi madre, al contrario, aunque encontró la grandeza para disculpar a mi padre y no

guardarle ningún rencor (para que el proceso del divorcio no fuera tan violento para nosotros), condicionaba cada vez más su relación con nosotros, sus hijos, obligándonos a servirle de apoyo y jugar el papel de protector. Nos atacaba cruelmente si discrepábamos con sus expectativas. Si todo eso suena contradictorio, es porque lo es. Las personas somos contradictorias y cualquier teoría que no abarque estas contradicciones o intente invisibilizarlas será errónea.

Esta forma de tratarnos se prolongó durante años. Mi papel impuesto fue el de protector de mi madre. Cada vez que me atreví a salir de este papel me hizo *bullying*, me gritaba, utilizaba el chantaje emocional. Varias veces, cuando yo era económicamente dependiente de ella, me amenazó con echarme de casa si discutíamos. Eso es, indiscutiblemente, una forma de abuso. Es bastante conocida en las parejas donde la mujer no tiene autonomía económica. Aunque no esté muy visibilizada, creo que los padres y las madres se lo hacen a los niños y a las niñas con aun más frecuencia.

Cuando mi hermano empezaba a romper con mi madre, ella le gritaba diciéndole: «eres como tu padre». Fue la única que, cuando éramos más pequeños, utilizaba la violencia física contra nosotros. Cuando ya éramos más mayores, nos invadiría el espacio íntimo para gritar e insultarnos. Cierto día, me persiguió hasta mi habitación, donde intentaba refugiarme de sus insultos; le pedí varias veces que se fuera y me dejara en paz;

cuando por fin la empujé para sacarla de mi espacio y poder cerrar la puerta, entonces, me lo dijo a mí también: «¿Qué, quieres pegarme? ¡Eres como tu padre!»

Creo que su violencia sobre nosotros es una respuesta a la agresión que vivió. Dicen que el abuso y la violencia reciclan hacia abajo, desde las personas con más poder (los ricos y gobernantes) hacia los privilegiados (los hombres y los blancos) hacia las personas poco privilegiadas (mujeres blancas, hombres no blancos, personas queer de clase media) hasta las personas más indefensas o marginalizadas (los niños, las personas no blancas, las personas trans).

Me costó años encontrar una comunicación sana con ella. Para ello fue imprescindible ganar mi propia autonomía. Mi hermano todavía tiene muchos límites y mucha distancia con ella. Respeto su decisión, es una defensa justificable para mantener su propia salud emocional, pero también me parece que ello le hace carecer de empatía.

Mi experiencia no me deja creer que hay agresores y agredidas. Hay agresiones, y muchas, pero creo que todos y todas somos capaces de agredir. Pero, para mí, definir a alguien como “agresor" o “víctima” se asemeja demasiado al uso de la terminología empleada por el sistema penal, y no es casualidad que el entorno en que más se utiliza es en el mundo del feminismo ONGista, que suele ser cómplice tanto con la

academia como con el Complejo Carcelario Industrial [Prison Industrial Complex, el sistema jurídico-carcelario con todos sus tentáculos]. No deberían ser adoptados por las corrientes radicales de la lucha antipatriarcal. El poder de definición es un poder autoritario. Toda persona es y puede ser contradictoria, no deberíamos definir únicamente a través del peor de los actos o la peor de las experiencias. Dejemos de etiquetar a las personas para enfocarnos en el daño cometido y sufrido. Es más: no existe un agresor sin una comunidad o un entorno que permita de alguna forma la agresión.

Contra el esencialismo y la transfobia de un resurgente feminismo de segunda olla [denominación a los EEUU por el feminismo esencialista y separatista de los '80], hay que insistir en que el abuso es una función de poder, ejercida por los que lo tienen contra las que no. En una sociedad patriarcal la más común de las violencias será la ejercida por hombres contra mujeres, trans u hombres que no cumplen con las normas masculinas, pero no es siempre así. Las soldados en guerra, gracias a los éxitos del feminismo de la igualdad, también matan. Las mujeres policías también torturan. De igual modo, las monjas que junto con monjes operaban en las escuelas de internados también violaban a jóvenes indígenas [en los territorios ocupados por España, Francia e Inglaterra, y posteriormente México, Canadá y EEUU, se imponían políticas genocidas para secuestrar a las y los niños indígenas en escuelas cristianas]. En vez

de reforzar categorías de género hay que atacar a las estructuras de poder que instrumentalizan al género.

La violencia sexual y emocional está claramente dirigida contra las mujeres y las personas trans o no heterosexuales, pero también tiene otro blanco del que no se suele hablar: los niños y las niñas. Todo hombre fue, una vez, un niño, y de los niños se abusa.

En la iglesia católica, en los centros de menores, en las reservas indígenas, donde hay ocupaciones militares y en otros lugares de gran desigualdad de poder, tal abuso es sistemático. El poder en sí es abuso e instrumentaliza a todo el mundo para reproducir su lógica, desde arriba hacia abajo. Supongo que lo preciso es dirigir esa violencia hacia las estructuras sociales que las reproducen y las capas más poderosas e impunes. Efectivamente, es más fácil que la otra tarea, la de sanarnos a quienes hemos vivido y reproducido esta violencia...

Quizás la necesidad de atacar y la de sanar encuentran su síntesis cuando nos enfrentamos con el contexto social, lo cual permite una «cultura de violación». Recuerdo haber leído sobre cómo la violación se volvió universal entre el ejército de ocupación estadounidense en Iraq. Dicen que una de cada cuatro mujeres será violada en su vida (curiosamente, la misma estadística que para hombres en la cárcel), mientras que para hombres la estadística es muy inferior y casi siempre se da en la infancia.

Pero en el ejército en Iraq, las violaciones fueron tan frecuentes que varias mujeres murieron de deshidratación, pues sabían que si iban al lavabo por la noche para beber agua, serían violadas.

Eso nos dice mucho sobre la importancia del contexto. El mismo grupo de hombres empezó a cometer muchas más agresiones y violaciones cuando se les puso en otro contexto. En parte, será la influencia que ejerce una institución tan machista como es el ejército. Otra parte, podría deberse a los traumas creados por la vivencia directa de la guerra y al cómo el trauma suele resonar y tiende a reproducirse. Aunque los soldados no nos despierten ninguna simpatía, cabe reconocer que matar y torturar también es traumatizante, pues los seres humanos somos empáticos por naturaleza.

Pero creo que lo más importante es la cuestión de la impunidad. El ejército creó una situación en la que los hombres tenían total impunidad para violar. ¿También cometerían violaciones los hombres de una sociedad no patriarcal puestos en una situación de impunidad? No creo. Todos venían de una cultura en la que los mass media, la industria cinematográfica, la educación y otras estructuras les enseñaron que las mujeres existen para complacer a los hombres y que los hombres se realizan mediante la conquista, el ejercicio de poder y un placer sexual basado en lo cuantitativo y lo dominante. Fueron formados en valores que no podían ejercer del todo, pues al mismo tiempo debían cumplir con el

hipócrita sentido de paz social, de igualdad y de libertad de su sociedad. Pero una vez situados en un contexto de impunidad, se revelaron monstruos. Tenían en sí la semilla del patriarcado.

Aunque no estemos en Iraq, la frecuencia de las violaciones y las agresiones es muy alta. ¿En qué entornos vivenciales existe la impunidad? En las parejas, en los matrimonios, en las familias, en los barrios pobres, en los conciertos de música no-feminista, en las fiestas. Los hombres que sinceramente odiamos el patriarcado deberíamos tomar un papel activo para contrastar la socialización sexista, hablando con los chicos menores sobre la importancia del respeto y el consentimiento, la superioridad de una sexualidad sana basada en el placer mutuo y el principio de que la libertad tiene que ser recíproca. Y también deberíamos atacar las actitudes e instituciones que conceden impunidad a las agresiones. Bash Back! [grupo/fenómeno/corriente queer anarquista] nos inspiró quemando la casa de un policía violador de personas pobres y trans. ¿Que más podríamos hacer para acabar con la impunidad?

El contexto cambia de forma radical cuando las mujeres, trans y queer utilizan la violencia y la autodefensa, tanto individual como colectiva, y cuando los hombres heterosexuales despreciamos y excluimos a los hombres que hablan de las mujeres como recursos sexuales, que explotan a las mujeres como recursos emocionales y económicos (sobretodo de la economía doméstica) y que reivindican una sexualidad basada en el

egoísmo y la opresión. Pero, es más, creo que podemos subvertir el papel y la misma identidad de hombre, una posibilidad que empezaba a visualizar en el instituto. Antes de explicarlo, debería relatar más cosas sobre mi historia familiar.

Con los años mantuve la relación con mi madre y con mi padre. Mi padre nunca habló de lo sucedido. Y en mi papel de protector, se lo permití. No quería herir sus sentimientos ¡Qué absurdo! Me llevó casi diez años, no desde que pasó su agresión sino desde que me fui de casa, poder empezar a cambiar este rol. Empecé a criticarle, a obligarle a enfrentar lo que había hecho. Siempre desde el amor, pero a veces con bastante agresividad, como tenía que ser. Paralelamente a esto él tuvo su propio proceso. Trabajaba su rabia, desarrolló una vida más sana, empezó a ser más presente emocionalmente. En cierto momento nos pidió perdón por lo que habíamos tenido que vivir (nosotros, sus hijos). Por pegar a mi madre nunca se disculpó, excepto las semanas después de la agresión, antes de que ella decidiera dejarle (por lo que sus disculpas iniciales me parecen bastante falsas).

Con él aprendí mucho sobre empatizar con una persona que ha causado mucho daño y que ha hecho cosas muy feas. En vez de juzgarle, he tenido en cuenta todas sus contradicciones. Sólo así he sido capaz de quererle y mantener mi relación con él. Pero no ha sido un buen modelo de apoyo crítico, en gran parte se ha basado en no hablar de la agresión que

cometió. En casos de agresiones, es de suma importancia que las personas cercanas si quieren mantener su relación con la persona agresora, en vez de mandarle a la mierda, comuniquen de manera firme sus críticas y su rechazo a la agresión y no permitan que ésta se olvide. Es importante comunicar con amor y nunca desde una superioridad moral, evitando así convertir una agresión en una fuente de poder interpersonal. Si es un amor sano nos hará desear que la persona querida supere sus comportamientos abusivos, porque le causan dolor a ella y, a la vez, a su entorno.

Supongo que no tenía que haber sido responsabilidad de sus hijos el dar un apoyo crítico a mi padre. Sobretodo comunicamos nuestra crítica desde el dolor, la distancia y el silencio, y no con palabras cañeras. Tuvimos miedo de lo pasado. Pero su familia se hizo cómplice de su agresión y sus pocos amigos también, *fue esa complicidad la que le permitió construir una narrativa que le justificara e invisibilizara su agresión.* Creo que suele ser el caso más común ante agresiones.

Pude, al menos, servirle de apoyo emocional a mi madre, pero con el tiempo eso se convirtió en una dinámica abusiva de ella hacia mí. El apoyo emocional es extremadamente importante para dar fuerza a la persona agredida, para darle más opciones de respuesta a la agresión, para generar espacios donde se pueda hablar de lo que pasó y poder superar los traumas. Estas últimas dos cosas yo no podía ofrecérselas a mi madre, por los pocos recursos correspondientes a mi edad y por mi

estrategia de protegerme con el silencio y el olvido. En general, es mejor que el apoyo emocional a la persona agredida y el apoyo crítico a la persona que hizo la agresión vengan de personas en igualdad de condiciones.

En un mundo abusivo, cada uno tiene que decidir a quién amar y a quién mandar a la mierda. La familia patriarcal es una máquina de abuso, sí, pero está compuesta por nuestros hermanos, nuestros padres, nuestros amantes y compañeros. Los vínculos tan profundos son difíciles de romper, y cada uno tiene que decidir cómo gestionarlo. Creo que es importante que el amor no sea una excusa para permitir lo inadmisible y que el rechazo no sea una excusa para sentirnos más puros, para no ver cómo el abuso se cuela e influye en nuestros propios comportamientos. La reproducción del patriarcado es un asunto de todos; parar esta herencia, intentar no pasar nuestros traumas a la siguiente generación, también lo es.

En los años inmediatamente posteriores a la agresión, me refería a ella—en las pocas ocasiones en las que la mencionaba, normalmente con mi madre—diciendo «aquello». Aquella mera sílaba [«it» en inglés] me cargaba de tanto terror, que pronto abandoné incluso tan manso intento de señalar un episodio muy traumático e importante en mi vida. Años después, cuando empecé a hablarlo de nuevo, lo tildaba de «pelea» entre mis padres. Terminología bastante hipócrita por mi parte, dado que no

hubo ninguna pelea sino una paliza. Pero antes de dar ese paso, me ocurrió otra cosa muy significativa.

Dejé de hablar de lo que había pasado. Y pronto, olvidé de que había sucedido. Tuve suerte, pues la época de olvido sólo me duró uno o dos años, por lo que aún tenía bastante facilidad en recuperar la memoria al hablarlo otra vez con mi madre. Realmente nunca se me había ido el recuerdo, sino más bien, dejé de pensarlo; hasta que un día, con un gran susto, me acordé de la agresión y en el mismo momento me di cuenta de que había estado bloqueando la memoria.

Me pregunto cómo serían mi vida y mis procesos de sanación y superación de traumas si lo hubiera olvidado por completo. Me pregunto también cuántas otras personas han olvidado cosas así. Mi madre y yo creemos que mi padre olvidó a medias una agresión parecida infligida por su padre.

En mi intento de entender el funcionamiento del patriarcado, veo necesario el hacer una distinción entre la socialización de los hombres y la socialización de las mujeres. Obviamente, el patriarcado no fomenta ninguna igualdad de condiciones. Pero cuando parto de mis propias experiencias, las teorías y explicaciones de mis amigas feministas carecen de un elemento para mí importante: cómo son socializados los hombres para reproducir el patriarcado. Tampoco podría ser de otra forma.

¿Cómo se va a entender la socialización de los hombres si los hombres mismos no lo hablamos de forma crítica y personal?

Espero y deseo que se entiendan y reciban mis reflexiones dentro de un análisis feminista y antipatriarcal, y que todos tengan claro que cualquier victimismo masculino apesta. Sólo sirve para frenar las luchas de las personas que realmente están destruyendo el patriarcado. Es una miopía reaccionaria que tampoco ayuda a liberar a los hombres.

Vivimos, sin duda, en una sociedad patriarcal que privilegia a los hombres, que convierte las experiencias y perspectivas masculinas en las objetivas y oprime a toda persona que no sea hombre heterosexual. No obstante, el patriarcado no me hace libre. Sus privilegios son veneno. Y mirando mi vida, parece que me ha socializado más a través de puñetazos y depravaciones que a través de cosas sanas y enriquece-doras.

Lo digo para clarificar una cosa respecto al olvido. Mis amigas feministas me han enseñado bien cómo la sociedad obliga a las mujeres a padecer experiencias traumáticas en silencio. Pero creo que el olvido ejerce una función especial en la socialización masculina.

Nos enseñan que las mujeres son víctimas e inferiores. Esto normaliza para los hombres el tratamiento violento o cruel hacia las mujeres

(también para todos los hombres que nunca llegan a pegar a una mujer). Y normaliza para las mujeres, a su vez, que serán victimizadas.

Pero—y hablo desde la experiencia personal—a los hombres les cuesta muchísimo reconocer cuando han sido traumatizados. No vemos la figura de hombre víctima, ésta no existe en nuestro universo simbólico-afectivo. En las películas, los hombres reparten muchos puñetazos y por lo tanto reciben muchos, pero nunca paran, nunca tienen que llorar, nunca tienen cicatrices emocionales.

Eso me hace pensar que puede que esté conectado al olvido a modo de respuesta sistemática ante el trauma entre los hombres. Una parte de aquello sería el trauma vivido y la mayor parte serían traumas infligidos a otras personas (a otros hombres, a mujeres, a niños, a personas trans y a personas no heterosexuales). Hay que partir del entendimiento de que, como seres sociales y empáticos, para los seres humanos es traumatizante recibir violencia y también infligirla.

Si una cosa es simplemente inadmisible (en este caso, el trauma entre los hombres), si no puede existir dentro de nuestro universo, lo único que podemos hacer es olvidarlo. Sé que mi tendencia fue la de olvidar una experiencia traumática que presencié. También he vivido otro trauma olvidado, del cual hablaré más adelante.

Resulta significativo que en entornos antipatriarcales se habla mucho de la violencia de los hombres contra las mujeres, lo cual tiene sentido, porque mayoritariamente son mujeres quienes llevan a cabo la lucha antipatriarcal y tienen un interés totalmente legítimo de acabar con la violencia dirigida contra ellas.

Hay muchos tipos de violencia: económica, sexual, emocional, cultural, ambiental, la violencia del colonialismo, la violencia de género. En una de estas categorías, la violencia física, son los hombres quienes más la reciben. Los hombres tienen posibilidades mucho más altas de sufrir una muerte violenta, y entre mis amigos y en mi propia vida sé que es bastante más común que le peguen a un hombre en la calle o en un ambiente público que a una mujer (pero hay que subrayar: las personas que más violencia pública reciben son queer y trans, masculino o femenino, en función de cuanto visibilizan su transgresión de las normas heterosexuales y binarias.) En la guerra, los hombres también están obligados a matar y a ser matados, siendo ambas experiencias traumatizantes. Entrando en el ejército o en muchas fraternidades [organización masculina en las universidades norteamericanas] y equipos deportivos, los ritos de iniciación violentos—muchas veces basados en abusos que se aproximan a violaciones—son sistemáticos. Al iniciado se le permitirá entrar (y recibir todos los privilegios concedidos) si puede recibir la violencia sin mostrar ningún trauma.

Digo esto porque creo que es imprescindible, para romper con la socialización masculina, hablar de los traumas que podemos vivir los hombres, enfatizar que los hombres sí que podemos estar trauma-tizados, que no estamos cómodos con la violencia, que la masculinidad en sí misma es una farsa y una mentira que nos entrena para infligir traumas a otras personas como forma de gestionar nuestras emociones.

Dejadme insistir de inmediato: eso no significa que los hombres somos los oprimidos dentro del patriarcado. Cualquier persona que lo diga será hipócrita. A modo de generalización, somos los hombres mismos quienes pegamos a otros hombres. Pero es una carencia muy grande en la teoría antipatriarcal el no hablar de esta violencia (y esta carencia es ciertamente culpa de los hombres, porque somos nosotros los que no lo hablamos: no es responsabilidad de las mujeres hablar de nuestras experiencias). No hablar de los golpes y asesinatos violentos que vivimos los hombres sólo reproduce la idea de que los hombres no podemos ser traumatizados, de que, si dan una paliza a una persona, ésta no sufre si tiene pene.

Al fin y al cabo, sólo una persona que se cree ajena al trauma es capaz de traumatizar sistemáticamente a las otras personas. O sea, la invisibilización y el olvido de los traumas y las violencias que vivimos los hombres en el proceso de socializarnos como hombres es imprescindible para convertirnos en máquinas traumatizantes, en soldados del patriar-cado.

Se me ocurre una cosa. Es un hecho que las experiencias masculinas son generalizadas como objetivas bajo el patriarcado. El patriarcado es androcéntrico. Pero si esta experiencia normativa y masculina no abarca el trauma, sino que narra la vida de un ser que puede o no repartir hostias, pero nunca estar traumatizado, me pregunto si la perspectiva masculina realmente refleja lo que yo he vivido. ¿Cuántos hombres realmente han tenido las típicas experiencias masculinas?

Si el patriarcado invisibiliza las experiencias de las mujeres, marginalizándolas, quitándoles valor e importancia, nos dice a los hombres cómo deberíamos vivir nuestras experiencias, con qué valores modular nuestras perspectivas, cómo sentirnos en determinadas situaciones. Como hombre, yo no soy libre bajo el patriarcado, puesto que «hombre» es el nombre de mi prisión.

En el instituto aprendí mucho acerca de cómo ser un hombre. No fue un aprendizaje estándar y no acaté la masculinidad típica de los jugadores de futbol o los pijos, pero como ya hemos visto, el patriarcado es muy adaptable y siempre está dispuesto a fabricar masculinidades alternativas para aquellos que, como yo, no se sienten cómodos en el rol más normalizado y alabado, pero que no tienen la suficiente valentía para romper totalmente con esta socialización.

De hecho, creo que tuve bastante más valentía en el instituto que ahora, y que a lo largo de mi vida mis miedos han sido el mejor aliado del patriarcado. Es decir, la bravura del macho es una farsa. Es la cobardía la que le conduce a empeñar su papel; y si hoy día soy un hombre es porque me han vencido, porque tuve demasiado miedo para ser otra cosa, algo sin nombre pero que surgía de mis propios deseos.

Pues fue en el instituto donde la presión social terminó fijándome en mi papel de hombre. Si ya es una cosa terrorífica el identificarse como gay o bisexual o lesbiana en el instituto, negar la identidad de género es impensable. Puede que hoy en día sea más fácil, incluso hoy en día hay adolescentes que saben qué significa «queer» y «trans». Pero en los años '90 esto sólo estaba empezando a cambiar. Y, por cierto, hay y había adolescentes trans. Por lo que he visto, suelen caer fuera de las instituciones educativas para encontrarse en las calles, en centros de menores, en casas de acogida. Es decir, por un lado, suelen ser los jóvenes más pobres y más marginalizados los que se atreven a cambiar de género y, por otro lado, cambiar de género a una temprana edad suele significar la pérdida de protección e integración social. En otras palabras, estamos hablando de un nivel de valentía muy superior al que he tenido yo en cualquier momento de mi vida.

De alguna forma fui un disidente de género en el instituto. Los machos alfa y los chicos normales solían tacharme de gay o maricón. Yo les

criticaba su homofobia y les permitía llamarme gay para mostrar que no era ningún insulto y porque tampoco me sentía heterosexual, al menos no del todo. Así que resistía un poco, pero aquella resistencia agotó mis defensas. Era fácil enfocar mis críticas y mi rechazo a los machos tradicionales, sin ir más lejos, sin buscar las raíces más profundas del problema. El miedo también jugó su papel. Si me podían dificultar tanto la vida por un inconformismo tan leve, ¿por qué buscarme más problemas? Fue suficiente distinguirme de los hombres malos. Pero los hombres buenos también tienen una función importante en el patriarcado.

He hablado mucho de mujeres y hombres. Pero éstas no son categorías naturales. Considero que es precisamente la socialización y no la naturaleza la que define mujeres y hombres. No utilizo las terminologías que algunas personas muy políticamente correctas tienen para nombrar «personas socializadas como hombre» y «personas socializadas como mujer», porque considero que son demasiado torpes y redundantes.

No obstante, sé que existen otras sociedades no patriarcales que reconocen las categorías de «mujer» y «hombre». Pero mirando la sociedad en la que he crecido, sólo puedo pensar que aceptar este binomio nos hace cómplices del patriarcado.

También hay personas que no se identifican con ningún género, cuya existencia es una subversión constante. Y me miro. Pienso en mis deseos y

mis experiencias, y me pregunto ¿por qué me he quedado atrás? Hay algunos comportamientos masculinos que me resultan cómodos, pero también hay muchas cosas femeninas que me encantaría hacer, o que hago cuando nadie me mira y que nunca osaría hacer en público. Y hay muchas personas femeninas que me atraen, pero también muchos hombres que me parecen guapísimos. Y he compartido placer con muy pocos de ellos.

¿Por qué? Por el miedo. Ese principal aliado del sistema patriarcal. No debería identificarme como hombre. Mi identidad de género es cobarde.

Mi incomodidad con mi papel de género no me motivó a romper mi relación asignada con la sociedad. Pero sí que me inhibió en el momento de la socialización en el sexo. Me daba asco el cómo los otros chicos empezaban a hablar de sexo, así que les evitaba. Perdí una socialización insana, pero tampoco la sociedad me presentó otras formas de socialización acerca del sexo. Crecí con una sexualidad desarrollada en un vacío, con sólo las influencias mediáticas y no las experiencias compartidas ni la colectividad. Esto me generó una inseguridad y una vergüenza que luego tendría que superar, complicando aún más mis primeras relaciones románticas.

El efecto de los medios es clave. Estamos constantemente bombardeados con imágenes sexistas que nos dicen como tienen que ser los cuerpos,

cuáles signos físicos y superficiales nos deberían atraer. Años antes de poder tocar y ser tocado por otra persona para compartir nuestro placer, unas estructuras sociales muy potentes—Hollywood, las empresas de moda, las empresas de las noticias—estaban moldeando mi sexualidad. Ya sabemos cómo la publicidad y las imágenes sexistas provocan anorexia y bulimia sobre todo entre las chicas. Pero a los hombres nos producen una mirada que reduce a las mujeres al estatus de objetos. La mirada de los hombres es una fuerza de violencia cotidiana en la sociedad patriarcal. Tenemos que aprender a desarraigarnos de esa mirada. Si realmente queremos una sexualidad libre, si realmente nos da asco la sexualidad del patriarcado—una sexualidad de objetos—los hombres también deberíamos promover el ataque y el sabotaje contra la publicidad sexista y las empresas que la producen.

En la vida íntima, solemos ser lo que no podemos ser en la vida pública. Puesto que en mi familia o en el patio del colegio yo era un protector, en la prisión del amor romántico busqué a alguien para protegerme. En mi primera relación romántica que duró más que dos meses, responsabilicé a la otra persona de cuidarme. Iba creando presiones psicológicas para que ella se encargara de mi felicidad. Mi inmadurez emocional y sexual se manifestaron de forma abusiva. Tenía que haberme dado cuenta, y la verdad es que a algún nivel de mi mente sabía que estaba haciendo mal las cosas, que estaba siendo egoísta, que nos estaba haciendo daño a los dos.

Pero mientras nadie no dijo nada, seguía. No tengo excusa. Sólo el conocimiento de que fue así.

Después de que se acabara la relación ella me hizo una crítica por mis comportamientos, lo cual fue como despertar de un sueño. Tenía razón. Yo había hecho daño a una persona a la que amaba.

No tuvimos un entorno que nos ayudara de forma crítica. Algunas personas hicieron caso omiso, otras personas hablaron de cosas que ella no quería que se hablaran para ir rumoreando, aprovechando el tipo de poder que dan los rumores. Ella y yo solos intentamos arreglar el daño después del final de la relación. Yo decidí hacer todo lo que me exigió. A veces fueron cosas sensatas como darle espacio o darle acompañamiento, pero otras veces fueron cosas que no eran nada sanas. A veces demandaba tener sexo conmigo, aunque yo no me sentía seguro con ello y en una ocasión ella me dijo que yo debería empezar y poco después romper una relación sexual con otra persona. En el momento había decidido seguir la pauta de cumplir con todo lo que me pedía ella, pero veo que en la soledad y sin experiencia, no éramos capaces de pensar en soluciones sanas. Al final, creo que las respuestas más sanadoras—aparte de siempre darle el espacio que me pedía—eran las que decidí yo por mi cuenta: como mi comportamiento abusivo surgió en una relación de pareja, hablar con las parejas posteriores sobre lo que había pasado y

trabajar el autocuidado para nunca volver a responsabilizar a otra persona de mis propias emociones.

En los meses y años posteriores, pensando en lo que había pasado y en cómo fue posible, esclarecí que había muchas dinámicas de mutualidad, maneras con las que las inseguridades de los dos encajaban. Identifiqué momentos en los que ella se aprovechaba de situaciones en las que yo estaba traumatizado, o no respetaba mis límites. No puedo hablar por ella—al final cada uno tiene que criticar su propia pasividad o egoísmo—pero creo que muchas veces las personas inseguras se encuentran, que hay algo cómodo en saber que la persona a la que amas (y que te puede hacer mucho daño) es débil. Eso es la economía afectiva de la escasez.

Hay distintos tipos de abuso. Hay como el de mis padres, en los que la situación es totalmente impuesta: mi padre atacó a mi madre y no la dejó salir. O las violaciones abundantes en las universidades cuando un macho emborracha o incluso droga a una mujer para que no pueda resistir. Y hay otro tipo de abusos, no menos dañinos, en los que éste seguirá hasta que una de las personas decida pararlo. Ese fue el modelo de mi primera relación larga; en nuestro caso fue ella la persona fuerte y perceptiva que la pudo parar.

Fue todo un choque para mí. Mi identidad en gran parte se basaba en diferenciarme de mi padre. *Yo nunca sería capaz de hacer daño a una*

persona querida, pensaba. Quizás es el hecho de que lo que hizo él fue mucho más visible y dramático; también lo son los pocos ejemplos de abuso que podemos ver representados en la cultura y en los medios. El daño que hice yo fue mucho más sutil y así escapaba a mi vigilancia o, mejor dicho, me lo auto-permitía.

Me imagino que historias parecidas de abuso o daño son igual o más frecuentes. No corresponden bien a los términos más jurídicos con los que se suelen categorizar las agresiones visibles o dramáticas. Incluso pueden ser mutuas de alguna forma, reproducidas por ambas personas en una relación enfermiza de dependencia. Creo que éstas desempeñan un papel importante en reproducir traumas y roles del patriarcado.

Hay otros traumas que no sé analizar. En algunos episodios, separados por varios años, me surgieron sentimientos que no entendía. Empezaba a llorar y a temblar, me bloqueaba, no podía controlar mi cuerpo, me vinieron sensaciones de extrema vulnerabilidad corporal; sobre todo en una parte de mi cuerpo se me apretaron los músculos involuntaria mente, se me llenó de violencia, me ausenté. Una pareja íntima, con quien me había pasado uno de los episodios, me dio una posible pista. Me dijo que lo que me pasaba le parecía el trauma de una persona violada. Comencé a investigar por mi cuenta y exactamente, lo que me pasaba encajaba mucho con los ataques de pánico asociados a lo que los psicólogos llaman Estrés Post-Traumático.

En otro episodio, me vinieron unas memorias borrosas de un lugar de mi vida, cuando tenía unos cinco años. Tenía que admitir la posibilidad de que quizás fui violado de niño.

Pero mis memorias están muy fragmentadas y no tengo ningún control sobre cuándo vienen. Me enfrento a la posibilidad de nunca saber exactamente lo que pasó. Por otro lado, no quiero la certeza. Siento un dolor y eso es lo que tiene importancia.

Muchas personas en esta sociedad contemporánea están buscando un trauma o enfermedad que les explique todas sus angustias y les permita todas sus debilidades. Quieren la etiqueta. Las etiquetas dan poder.

Yo no quiero fingir certeza donde siento dudas. Ni quiero hablar de eso, y fuera de un formato anónimo, no lo haría. No quiero excusarme de todas las cosas que he hecho mal, porque me parecen repugnantes.

Quiero sanarme y gestionar mi dolor. No quiero reproducir más abuso, no quiero generar traumas en otras personas. He visto cómo nuestra principal herencia es el trauma, es la opresión misma. Quiero buscar la manera de romper este ciclo vicioso en lugar de ser un eslabón más.

Con el paso de los años, creo que voy aprendiendo. Dónde más se destaca es en la reflexión—el usar mi propia vida como materia para estudiar

cómo funciona el patriarcado—y en las conversaciones. He aprendido muchísimo de amigas y compañeras que han tenido sus propios procesos de reflexión. Y casi todas las conversaciones que he tenido han sido con amigas que eran mujeres (cis o trans), queer o hombres trans.

He tenido estas conversaciones difíciles sobre el patriarcado muy pocas veces con otros hombres que fueron asignados por la sociedad al papel de hombre, es decir, con otros miembros del género cobarde como yo. Y es porque no he osado romper el hielo y ellos tampoco.

Y aunque quiero que las reflexiones aquí escritas también ayuden a mis compañeras para entender otro aspecto del patriarcado—uno que ellas no viven—, sobretodo quiero que sean una invitación para los otros hombres—los que se sienten hombres o los que aceptan esa designación—para hablar del tema entre ellos, para hablar de sus vidas. No buscar una y otra vez a compañeras para ejercer ese trabajo femenino del cuidado, sino: compartir, hablar y a la vez escuchar, cuidar y dejar ser cuidado.

Creo que es la única manera de que los hombres puedan formar parte de la lucha contra el patriarcado y demostrar que cuando decimos que nos afecta también a nosotros no es una excusa barata. Demostrar que queremos ser libres en vez de privilegiados, demostrar que no podemos aguantar la opresión en nuestras compañeras.

Ya hemos leído mucho sobre la historia del patriarcado. Hemos aprendido a ver las estructuras sociales que lo reproducen. En nuestros entornos hemos hablado mucho de los micromachismos. Ya notamos cuanto habla cada persona, a quién se escucha y a quién no, qué ideas se valoran más. Y ya nos tomamos en serio cuando hay una agresión. Pero falta algo. Falta nuestra participación activa en la lucha contra el patriarcado, nuestra subversión de la identidad de hombre, nuestro rechazo a los privilegios envenenados, con los cuáles han comprado nuestro silencio durante tantos años.